



La generosidad en el *Cantar de Mio Cid*

Generosity in the *Cantar de Mio Cid*

Alfonso BOIX JOVANÍ

Resumen: Este artículo tratará de analizar cómo los personajes del *Cantar de Mio Cid* muestran sus características psicológicas actuando de modo diferente al resto de personajes de acuerdo con su nivel de generosidad. Por otro lado, la existencia de personajes codiciosos implica la presencia de conflictos con los generosos, un choque que rompe el equilibrio entre las fuerzas buenas y maléficas que aparecen en el poema. El rey, que es la entidad más poderosa del *Cantar*, tiene la potestad de dar el mayor de los regalos –la Justicia–, y la entregará al Cid como recompensa tras todos sus esfuerzos.

Palabras clave: *Cantar de Mio Cid*; generosidad; codicia; regalos; justicia.

Abstract: This article attempts to analyze how the characters in the *Cantar de Mio Cid* show their psychological features by behaving differently from the rest according to their level of generosity. On the other hand, the existence of greedy characters implies the presence of conflicts with the generous ones, a clash which breaks the equilibrium between the good and evil forces that appear in the poem. The king, who is the most powerful entity in the *Cantar*, holds the power to give the greatest of all presents –Justice–, and will give the Cid his reward after all his efforts.

Keywords: *Cantar de Mio Cid*; generosity; greed; presents; justice.

Para Alan Deyermond
y Xavier Campos Vilanova,
in memóriam

Introducción

El reparto de regalos y la generosidad del Campeador según el *Cantar de Mio Cid* (CMC, en adelante) han sido analizados ya en diversas ocasiones. Cabe destacar especialmente, a mi parecer, tres estudios en concreto, por mostrar diferentes enfoques sobre el mismo tema. En primer lugar, y partiendo de Ibn Khaldun, que habla de la competitividad existente entre señores en cuanto a ostentación y

excelencia, Miranda (2003) atribuye a los regalos un carácter agresivo y hostil, pues ve en la circulación de dones –entre los que incluiríamos tanto regalos como repartos de botín– una sucesión de acciones agresivas entre personajes que se hallan en una competencia hostil continuada, donde la entrega de regalos supone un intento de humillar al receptor de los mismos. Para el autor

Al aceptarlo, un regalo se convierte en un símbolo de dependencia y subordinación, ya que constituye un silencioso reconocimiento de inferioridad; mientras que declinarlo, significa rehusarse a participar en una relación que podría ser no sólo dominante sino hasta avergonzante y desprestigiante. Y es ahí donde radica su eficaz contenido de rivalidad porque su rechazo representa todo un desafío al poder y al prestigio del que lo ofrece (Miranda, 2003: 274).

Según el autor, esta agresividad humillante alcanza a Minaya Álvar Fáñez y al rey Alfonso VI por medio de los regalos del Cid. La interpretación que propone Miranda sería muy interesante, por ofrecer un enfoque absolutamente novedoso sobre el poema, si no fuese porque se apoya en una tergiversación continuada de los datos que aporta, principalmente mediante lecturas subjetivas, eludiendo pasajes que claramente refutan su interpretación, sin sostén metodológico que le otorgue validez alguna. A todo ello habría que sumar, además, los evidentes errores filológicos apuntados certeramente por Montaner (2011: 726-727 [2007: 382-383]).

Así, para Miranda, el v. 1857 –“aún vea el ora que de mí sea pagado”– es un “público lamento” del rey Alfonso al verse obligado a aceptar los regalos del Campeador (Miranda, 2003: 284), sin que nada indique que este verso deba leerse en un tono lastimero. Olvida el autor, además, que el Cid es un proscrito al que el rey impidió toda ayuda en Burgos y, si no tuvo ninguna contemplación en ese sentido, tampoco se entiende que estuviese obligado a aceptar los regalos del Campeador, sobre todo si ello conllevase repercusiones humillantes. De hecho, lo extraño sería que decidiese devolverle su amor, a menos que se entienda desde la particular perspectiva de Miranda (2003: 286), para quien el rey compensa los regalos del Cid mediante “La invitación a formar parte de su propio círculo (o *escuellas*) es un regalo de imposible rechazo, o de difícil retribución, dado el enorme prestigio y poder aunado a la figura del rey”. Obviamente, no es el prestigio del monarca lo que convierte esto en un regalo, pues, simplemente, no existe tal regalo. Lo habría en caso de que el Cid siguiese en Castilla, y el rey decidiese promocionarle, “darle un ascenso”, por así decirlo. Pero aquí se trata de un proscrito al que, en realidad, el rey Alfonso está devolviendo su amor, lo cual implica el final del destierro, un acto de justicia para con el Cid, desterrado por culpa de sus “enemigos malos”.

Un ejemplo claro de la lectura equívoca de Miranda se encuentra en los diversos banquetes que aparecen en el CMC, sobre los cuales evita referencia alguna. Así, cuando el Cid es perdonado, el rey ofrece una cena soberbia, que al día siguiente supera el Campeador agasajando a los presentes con una comida todavía más opípara. Asimismo, Abengalvón impresiona siempre a sus invitados con unos banquetes magníficos, pero semejante despliegue no quiere humillar a nadie, sino honrar a la familia y hombres del Cid, pues quiere que estén satisfechos. Lo mismo sucede en los citados banquetes relacionados con el perdón del Cid,

donde rey y Campeador demuestran su mutua estima, así como a todos los invitados, con manjares tan estupendos que, en lugar de tomarlo como un insulto, “todos eran alegres” (v. 2066)¹, verso que Miranda no apunta, como no lo hace sobre ninguno de los versos que indican alegría o gratitud por parte del rey o los hombres del Cid –y, si lo hace, lo reinterpreta bajo su particular óptica–.

Tanto los banquetes como los regalos sirven, como se observa a partir de la letra del propio CMC, para honrar a quien los recibe, creando y reforzando alianzas, pues el señor medieval tenía que ser generoso con sus hombres y aliados. Esto se observa especialmente en el caso del *comitatus* germánico, como queda especialmente documentado en los primeros versos de *Beowulf*, donde todas las teorías que podamos concebir al respecto quedan concentradas en la maestría de unas pocas líneas:

Swa sceal geong guma gode gewyrcean,
fromum feohgiftum on fæder bearne,
þæt hine on ylde eft gewunigen
wilgesipas, þonne wig cume,
leode gelæsten. Lofdædum sceal
in mægþa gehwære man geþeon.
(vv. 20-25)²

La función cohesionadora de los regalos, de la generosidad del señor, está ausente del estudio de Miranda, si bien es la única que explica que las tropas del Cid aumenten continuamente, o que el rey le devuelva su perdón, pues el Cid demuestra su fidelidad mediante dichos presentes.

Si hay algo malo que se pueda desprender de los regalos, esto no es otra cosa que envidia, lo cual remite a la paradoja de Wanner (1999: 2-3), para quien

Each king’s gain of wealth, territory, or men is balanced by a native subordinate’s or foreign rival’s loss. Our paradox now becomes apparent. The very process that secures one’s position simultaneously undermines that stability by perpetually renewing the potential for violence. The more successful a king is, the more likely he will suffer such negative ramifications. Oftentimes a prosperous rule breeds envy and covetousness among one’s own kin (and thus potential rivals to the throne), as well as among foreign powers, and even the forging of successful alliances draws rulers into new sets of conflicts and feuds.

Estas envidias se observan perfectamente en el CMC, donde

Maguer plogo al rey mucho pesó a Garcí Ordoñez:
–¡Semeja que en tierra de moros non á bivo omne
cuando assí faze a su guisa el Cid Campeador!–
Dixo el rey al conde: –¡Dexad essa razón,
que en todas guisas mijor me sirve que vós!–
(vv. 1345-1349)

¹ Cito siempre el CMC en este artículo a partir de la edición de Montaner (2011).

² Cito por la edición de Swanton (1997). “Es así como un joven se sabe lograr / ofreciendo regalos, ya en casa del padre– / que luego, de viejo, al venirle batalla, / rápida acuda animosa su gente, / le apoyen los hombres. ¡Con nobles acciones / prospera un señor en un pueblo cualquiera!” (traducción de Lerate, 1974: 25).

Por supuesto, este pasaje no aparece en ningún momento en el estudio de Miranda, pese a su enorme importancia, pues demuestra cuán complacido se siente el rey Alfonso con su fiel vasallo desterrado y cuán rabioso está su rival, García Ordóñez. Los únicos que se sienten agredidos, en un sentido cercano al de la lectura de Miranda, son los personajes ruines, los que quieren la desgracia del Cid, pero no los que son justos, grandes de alma, y que hacen los regalos como un acto de deferencia y respeto. Tal perspectiva es la que presentó Pedrosa en un interesantísimo estudio donde analizó la función del don y contra-don en el CMC. Si bien no puedo compartir algunas de sus interpretaciones (como cierto espíritu de cruzada que el autor ve en el poema y que debería ser considerado con más detenimiento)³, es cierto que muestra acertadamente la importancia de esa circulación de bienes dentro del texto y cómo afecta a las relaciones entre los personajes, no de manera agresiva o competitiva, sino por la creación de alianzas, una importancia que, por supuesto, es imposible contemplar desde la perspectiva de Miranda, lo cual lleva en consecuencia a una lectura errónea del CMC al prescindir de uno de sus pilares fundamentales. En suma, el trabajo de Miranda ofrece una lectura muy personal del texto, fácilmente rebatible tanto por la letra como por el espíritu del poema, lo que hace innecesario extenderse en una crítica más detallada, pues no corresponde a este trabajo.

Finalmente, anterior a todos ellos pero, a mi parecer, el que ha tratado en mayor profundidad el intercambio de regalos en el CMC, se encuentra el fundamental estudio de Duggan, quien, especialmente en su capítulo “Economy and gift-giving” (1989: 30-42), y apoyándose en una contrastada bibliografía que demuestra cómo existía en Europa una *gift economy* (Duggan, 1989: 30), analiza pormenorizadamente el funcionamiento de entrega, recepción e intercambio de presentes en el CMC.

Los trabajos aquí citados hacen referencia al intercambio de regalos –dones– como actividad, sus mecanismos y funciones, pero no han observado que, en realidad, la actividad donadora resulta del modo de ser de cada personaje, de su psicología –me permito aquí la licencia de utilizar una terminología más cercana a los vivos que a personajes literarios–. Así, los principales personajes pueden situarse en una escala que discurre entre dos extremos de generosidad, desde su ausencia total (codicia) hasta su máximo nivel (magnanimidad), y su comportamiento a partir de su mayor o menor grado de generosidad permite observar la importancia de esta como elemento caracterizador de los mismos, en cuanto que

³ Así, el autor indica que los musulmanes eran “quienes, desde el punto de vista de los cristianos de la época, detentaban de forma ilegal, dolosa o injusta, la tierra y los bienes de los cristianos españoles –o de quienes se habían aliado con sus ilegítimos detentadores–” (Pedrosa, 2002: 298), lo cual no se extrae de la lectura del CMC, especialmente por la figura de Abengalvón, quien, además, corrió peligro de ser asesinado por los infantes de Carrión, de ahí que la lectura de Pedrosa podría justificar a los infames hermanos; por otro lado, “la importancia que se atribuía al reparto justo y equitativo del botín como estrategia, en primer lugar, de transferencia de bienes de sus poseedores ilegítimos (los moros) a los legítimos (los cristianos)” (Pedrosa, 2002: 301) contradice al Cid, quien se refiere a los moros advirtiéndoles que “En sus tierras somos e fémsoles todo mal, / bevemos so vino e comemos el so pan; / si nos cercar vienen, con derecho lo fazen.” (vv. 1103-1105). En cualquier caso, estas interpretaciones discutibles no afectan, según creo, al verdadero valor del estudio de Pedrosa, esto es, el análisis de la distribución y redistribución de bienes en el CMC.

denota características morales y psicológicas de los personajes, como se podrá observar a lo largo del presente estudio.

Ausencia de codicia: Minaya Álvar Fáñez y Martín Antolínez

Tras la victoria de Castejón, el Cid reparte el botín entre sus hombres y ofrece la quinta parte a Álvar Fáñez. Sin embargo, y frente a la actitud del resto de caballeros, Minaya rechaza su parte:

A Dios lo prometo, a aquel que está en alto,
 fata que yo me pague sobre mio buen cavallo
 lidiando con moros en el campo,
 que enpleye la lança e al espada meta mano,
 e por el cobdo ayuso la sangre destellando,
 ante Ruy Díaz, el lidiador contado,
 non prendré de vós cuanto vale un dinero malo;
 pues que por mí ganaredes quesquier que sea d'algo,
 todo lo otro afelo en vuestra mano.–
 (vv. 497-505)

Se encuentra aquí el caso extremo de ausencia de codicia. Desde el principio del CMC, el Cid promete a sus hombres que, en caso de salir adelante, les otorgará bienes que les compensen los sinsabores sufridos en el destierro. Más tarde, muchos hombres dejarán Castilla e incluso la compañía del rey para unirse al Campeador ante las perspectivas de riqueza que se les presentarán si le acompañan. A la admiración por el Cid se une el interés personal de obtener ganancias y, con ello, una vida mejor. Pero, aquí, Minaya muestra que no está junto a Rodrigo por dinero, por bienes, sino por fidelidad de familiar y amigo –según el poema, es su sobrino–. Para él, lo más importante radica en servir al Campeador lo mejor que le sea posible y, solo cuando sienta que ha cumplido con su deber, aceptará su parte del botín. Se trata de una actitud muy distinta a la de los infantes de Carrión, quienes harán el ridículo en la batalla contra Bucar, aunque ello no les impedirá participar alegremente del reparto de botín. En el caso de Minaya, el caballero no tardará en conseguir su más que merecida recompensa, pues cumplirá en breve lo prometido, en la batalla contra los reyes Fáriz y Galve:

A Minaya Álbar Fáñez bien l'anda el cavallo,
 d'aquestos moros mató treinta e cuatro;
 espada tajador, sangriento trae el braço,
 por el cobdo ayuso la sangre destellando.
 Dize Minaya: –Agora só pagado,
 que a Castiella irán buenos mandados,
 que mio Cid Ruy Díaz lid campal á arrancado.–
 (vv. 778-784)

Justo al inicio del *Cantar I*, el poeta ya había mostrado un caso de extraordinaria fidelidad al Cid en la figura de Martín Antolínez, quien se apresta a ayudar al Cid y no solo no recibe ganancia alguna, sino que generosamente aporta víveres al Campeador y manifiesta un desprecio absoluto por sus bienes, pues lo más importante para él es servirle en esos momentos críticos:

–¡Ya Canpeador, en buen ora fuerdes nacido!
 Esta noch yagamos e váimosnos al matino,
 ca acusado seré por lo que vos he servido,
 en ira del rey Alfonso yo seré metido.
 Si convusco escapo sano o bivo,
 aun cerca o tarde el rey quererm'á por amigo;
 si non, quanto dexo no lo precio un figo.–
 (vv. 71-77)

Sin embargo, esto no implica que el fiel y generoso Martín Antolínez sea un necio, y sabe que es necesario obtener dinero. Por ello, tras embaucar a los prestamistas Rachel y Vidas, y con el engaño consumado, les pedirá una comisión –el *alboroque* (Montaner, 2011: 692)– por los servicios prestados:

–Ya don Rachel e Vidas, en vuestras manos son las arcas;
 yo que esto vos gané bien merecía calças.
 (vv. 189-190)

Por un lado, muchos negocios se cerraban con el alboroque, de ahí que el engaño fuese todavía más creíble. Pero también es cierto que el caballero sabe que, al partir de Castilla, toda moneda le será necesaria, especialmente porque el rey ordenará también la confiscación de sus bienes por ayudar al Cid. Hábilmente, consigue unas calzas, un manto y treinta monedas.

En ambos casos, se observa cómo dos de los mejores hombres del Cid no se mueven por ambición personal, sino por fidelidad y amistad a su señor. Personalmente, creo que el caso de Minaya es más extremo que el de Martín Antolínez, pues hace un voto que no sabe si podrá cumplir, y, de hecho, está a punto de morir antes de conseguirlo:

A Minaya Álbar Fáñez matáronle el cavallo,
 bien lo acorren mesnadas de cristianos.
 La lança á quebrada, al espada metió mano;
 maguer de pie, buenos golpes va dando.
 Violo mio Cid Ruy Díaz el castellano,
 acostós' a un aguazil que tenié buen cavallo,
 diol' tal espadada con el so diestro braço,
 cortól' por la cintura, el medio echó en campo;
 a Minaya Álbar Fáñez íval' dar el cavallo:
 –¡Cavalgad, Minaya, vós sodes el mio diestro braço!
 Oy en este día de vós abré grand bando;
 firmes son los moros, aún no-s' van del campo.–
 Cavalgó Minaya, el espada en la mano,
 por estas fuerças fuertemiente lidiando;
 a los que alcança valos delibrando
 [...]
 A Minaya Álbar Fáñez bien l'anda el cavallo,
 d'aquestos moros mató treinta e quatro;
 espada tajador, sangriento trae el braço,
 por el cobdo ayuso la sangre destellando.
 Dize Minaya: –Agora só pagado,
 que a Castiella irán buenos mandados,
 que mio Cid Ruy Díaz lid campal á arrancado.–

(vv. 744-784)

Aunque Minaya demuestra gran confianza en sí mismo –no realizaría el voto sin creer que lo fuese a cumplir–, no por ello su actitud deja de ser arriesgada. En ese sentido, su rango en las huestes del Cid es inversamente proporcional a su interés económico, y quizá por eso mismo es el lugarteniente de Rodrigo. En cualquier caso, como se observa, tanto Minaya como Martín Antolínez se mueven por valores como la fidelidad vasallática y también la amistad hacia su caudillo. Valores, como digo, que no intereses, frente a otros personajes que tendrán móviles más terrenales.

Codicia profesional: los prestamistas Rachel y Vidas

Frente a Martín Antolínez, los prestamistas Rachel y Vidas también darán dinero al Cid, pero no será de manera filantrópica, sino a cambio de más dinero. Como prestamistas expertos en su negocio, no perderán la ocasión de ganar nada menos que dos arcas repletas de oro –o, al menos, eso creen ellos–, pero, eso sí, cumpliendo su parte en el trato mediante la entrega de seiscientos marcos al Cid en préstamo.

Poco puede decirse sobre los prestamistas que no se haya dicho ya. Su actitud interesada, mirando siempre por su propio interés, les hace víctimas propicias para el engaño, pues, queriendo aprovecharse de la situación del Cid, es este quien en realidad se aprovecha de ellos, engañándoles. No es necesario entrar aquí en discusiones sobre el más que dudoso antisemitismo de la escena a partir de la lectura tradicional que ve a Rachel y Vidas como judíos⁴, puesto que lo que aquí interesa es su comportamiento, no las posibles cuestiones ideológicas que llevaron a elegirlos como víctimas del engaño⁵. La postura de los judíos ante la solicitud de préstamo que realiza el Cid se puede resumir en estos versos:

–Nós huebos avemos en todo de ganar algo;
bien lo sabemos, que él ganó algo
cuando a tierra de moros entró, que grant aver ha sacado.
Non duerme sin sospecha qui aver trae monedado.
Estas arcas prendámoslas amos,
en logar las metamos que non sea ventado.
Mas dezidnos del Cid, ¿de qué será pagado
o qué ganancia nos dará por todo aqueste año?–
(vv. 123-130)

Roitman ha ofrecido recientemente una lectura muy amable del papel que cumplen Rachel y Vidas en el poema. La autora coincide con otros investigadores

⁴ Para una revisión global de las posiciones críticas, entre las que se incluye el antisemitismo, remito a De Chasca (1967: 128-29 [1972: 129-31]), Menéndez Pidal (1970: 27-28) y Garcí-Gómez (1982: 141-42), y especialmente Roitman (2012: 241-254), además del estado de la cuestión de Montaner (2011: 673-675 y 857-860 [1993: 402-04 y 546-48; 2007: 331-333 y 511-515]).

⁵ En cualquier caso, la lectura antisemita es insostenible a partir de lo que relata el poema cidiano, pues no contiene una sola referencia negativa o despectiva hacia la religión o raza judías (remito a Montaner, 2011: 674 [1993: 403; 2007: 332]).

–entre los que me incluyo– en observar que el *CMC* no contiene antisemitismo. Sin embargo, no puedo compartir ni ciertos aspectos de método ni, tampoco, el llevar dicho planteamiento al extremo de pensar que la imagen que se da de los prestamistas es positiva, ya que, para la autora, lo que hacen Rachel y Vidas en realidad es arriesgarse para ayudar al Cid. En realidad, la filantropía está fuera del ánimo de los prestamistas, que simplemente actúan por interés, pues “–Nos huebos avemos en todo de ganar algo;” (v. 123, no citado por Roitman en su estudio). La autora cree que “Sólo ellos [los prestamistas] lo pueden ayudar” (Roitman, 2011: 257) porque estaban exentos de la prohibición regia, basándose en que los prestamistas serían judíos y que Martín Antolínez les indica que no tienen que descubrirlos “nin moros nin cristianos”. En realidad, la prohibición regia no indica excepción alguna, dejando claro “que nadi no’l diessen posada” (v. 25, no citado por Roitman). Por ello, ese “nin moros y cristianos” se ha de referir forzosamente a “todo el mundo” (lo que coincide con la lectura de Montaner, 2011: 13, 680 [1993: 111, 408 ; 2007: 13, 338]). Fuese lo que fuese que motivó el destierro del Cid –según parece, la falsa acusación de haber malversado parte de las parias de Alfonso VI–, el poeta no podía afirmar que algunas personas estaban exentas de una prohibición regia, o que fuese lícito para algunos no ya socorrer a quien había atentado de algún modo contra el rey, sino también sacar provecho del delito, en este caso, del dinero robado al rey. En el momento en que los prestamistas ayudan al Cid se convierten en cómplices, pues custodiarán el dinero de las arcas, y si Martín Antolínez utiliza la cláusula “nin moros nin cristianos”, no es porque estén exentos de la prohibición regia, sino porque el Cid y él saben –y, como puede apreciarse, no se equivocan– que los judíos son los únicos que pondrán al beneficio por encima del peligro. No se arriesgan por ayudar al Cid; se arriesgan por sí mismos, por su interés en obtener beneficios. Eso sí, como puede verse, un interés motivado por su codicia, la misma que les lleva a afrontar ese riesgo colaborando con quien creen que es un delincuente, lo cual les sitúa, prácticamente, al mismo nivel que el del malhechor⁶.

Codicia exacerbada: los infantes de Carrión

Los infantes de Carrión son los personajes más codiciosos de todo el *CMC*, verdaderos polos opuestos a caballeros como Martín Antolínez o Minaya Álvaro Fáñez. Sus motivaciones son siempre las de su bien particular, buscando enriquecerse desde el principio, cuando se plantean emparentar con el Cid:

Aquí entraron en fabla los infantes de Carrión:
–Mucho crecen las nuevas de mio Cid el Campeador,

⁶ La dudosa honorabilidad del engaño ha sido una de las cuestiones más debatidas en torno al poema, ya que el *CMC* no relata si el dinero es finalmente devuelto o no. Las posturas al respecto se dividen, fundamentalmente, entre quienes creen que hubo reembolso no presente en la narración por un olvido del poeta o su cansancio (Duggan, 1989: 132), quienes creen que no hubo reembolso pero han intentado justificarlo (Casalduero [1967: 41-43], Spitzer [1948: 109] o Duggan [1989: 31]) y quienes opinan que el Campeador no devolvió el préstamo, entre quienes destaca Smith (1978). En Boix (2006) señalé diversas razones por las que parece seguro que el dinero fue devuelto, aunque no aparezca en el poema.

bien casariemos con sus fijas pora huebos de pro.
 Non la osariemos acometer nós esta razón,
 mio Cid es de Bivar e nós de los condes de Carrión.–
 Non lo dizen a nadi e fincó esta razón.
 (vv. 1372-1377)

Aunque su orgullo estamental es tan grande que, por el momento, les impide considerar la posibilidad de casarse con Elvira y Sol, su amor por el dinero será aún mayor, y, finalmente, incluso estas reticencias se verán vencidas y su orgullo de clase quedará en un segundo plano, acabando por proponer los esponsales al Campeador, contando con la ayuda del rey Alfonso:

De los ifantes de Carrión yo vos quiero contar,
 fablando en su consejo, aviendo su poridad:
 –Las nuevas del Cid mucho van adelant,
 demandemos sus fijas pora con ellas casar,
 creçremos en nuestra ondra e iremos adelant.–
 Vinién al rey Alfonso con esta poridad:
 –¡Merced vos pedimos commo a rey e a señor natural!
 Con vuestro consejo lo queremos fer nós,
 que nos demandedes fijas del Campeador;
 casar queremos con ellas a su ondra e a nuestra pro.–
 Una grant ora el rey pensó e comidió:
 –Yo eché de tierra al buen Campeador,
 e faziendo yo a él mal e él a mí grand pro,
 del casamiento non sé si s’abrá sabor;
 mas, pues bós lo queredes, entremos en la razón.–
 (vv. 1879-1893)

Ya con las bodas consumadas, los infantes demostrarán un afán desmesurado por enriquecerse. Frente al ejemplo ya visto de Minaya Álvar Fáñez, que rehusaba obtener ganancias hasta servir al Campeador como él consideraba necesario hacerlo, los infantes de Carrión harán el ridículo en la batalla contra Bucar, lo cual, sin embargo, no les impedirá tomar su parte del botín, lo cual contrasta profundamente con la actitud de Minaya tras la toma de Castejón:

[...] fabló don Ferrando:
 –Grado al Criador e a vós, Cid ondrado,
 tantos avemos de averes que no son contados.
 Por vós avemos ondra e avemos lidiado,
 venciemos moros en campo e matamos
 a aquel rey Bucar, traidor provado.
 Pensad de lo otro, que lo nuestro tenémoslo en salvo.–
 (vv. 2528-2531 [con 2522-2523])

Como bien advierte Duggan (1989: 38), “The Infantes’ grasping behaviour contrasts sharply with Minaya Alvar Fáñez’s conduct after the taking of Castejón: like him they should properly have refused the offer of wealth that they had not earned” (Duggan, 1989: 38). Sin embargo, más tarde, su soberbia –realmente, son dos personajes que concentran un buen número de pecados capitales– será el valor que más precien, pues ni siquiera los bienes obtenidos serán suficientes para compensar los “juegos”, las burlas que iban por la corte valenciana a raíz de

la aventura del león y de su mala actuación en la batalla contra Bucar, lo cual llevará a la afrenta de Corpes, donde, en un acto de cobardía impropio de caballeros, impensable en alguien como Minaya Álvar Fáñez o Martín Antolínez, pero comprensible en seres de la catadura de Diego y Fernando González, descargarán toda su ira –nuevo pecado capital– sobre las indefensas hijas del Campeador.

Ausencia de codicia y generosidad: Abengalvón y el Cid

Entre los polos opuestos que constituyen, por un lado, Martín Antolínez y Minaya y, por otro, los judíos y los infantes de Carrión, dos señores feudales se alzan como punto de equilibrio: Abengalvón, señor de Molina, y el protagonista del poema, Rodrigo Díaz de Vivar.

Las muestras de generosidad por parte de Abengalvón se observan en dos ocasiones, siempre en relación con la familia del Cid. En primer lugar, acogiendo a su esposa e hijas cuando son trasladadas desde San Pedro de Cardeña a Valencia:

Entrados son a Molina, buena e rica casa;
el moro Avengalvón bien los sirvió sin falla,
de cuanto que quisieron non ovieron falla,
aun las ferraduras quitárgelas mandava.
¡A Minaya e a las dueñas, Dios, cómo las ondrava!
Otro día mañana luego cavalgavan,
fata en Valencia sirvíalos sin falla,
lo so despendí el moro, que d'ellos non tomava nada.
(vv. 1550-1557)

En la segunda ocasión, acoge a los yernos e hijas del Cid:

El moro, cuando lo sopo, plógol' de corazón,
saliólos recibir con grandes alvorozes.
¡Dios, qué bien los sirvió a todo so sabor!
Otro día mañana con ellos cavalgó,
con dozientos cavalleros escurrirlos mandó.
[...]
A las fijas del Cid el moro sus donas dio,
buenos señor cavallos a los ifantes de Carrión;
tod esto les fizo el moro por el amor del Cid Campeador.
(vv. 2648-2658)

El caso de Abengalvón resulta interesante porque, en principio, debería servir a las gentes del Campeador por obediencia al señor de Valencia. El buen moro es "amigo de paz" del Cid (De Epalza, 1991: 116-117) y, por tanto, tributario de él. Sin embargo, la estima que profesa hacia Rodrigo va más allá de los meros deberes vasalláticos, al igual que sucedía con Martín Antolínez y Minaya. Le mueven sentimientos de amistad y simpatía hacia el Campeador y sus hombres, sentimientos que son recíprocos, como demuestra el saludo entre el magnífico musulmán y Álvar Fáñez:

cuando llegó Avengalvón, dont a ojo lo ha,
sonrisándose de la boca ívalo a abraçar,

en el ombro lo saluda, ca tal es su usaje:
 –¡Tan buen día convusco, Minaya Álbar Fáñez!
 Traedes estas dueñas por o valdremos más,
 mugier del Cid lidiador e sus fijas naturales;
 ondrarvos hemos todos, ca tal es la su auze,
 maguer que mal le queramos non ge lo podremos far,
 en paz o en guerra de lo nuestro abrá,
 ¡mucho'l tengo por torpe qui non conosce la verdad!–
 (vv. 1517-1526)

Abengalvón no recibe beneficio alguno, económicamente hablando, por asistir a la familia del Cid en las diversas ocasiones en que la acoge. Su generosidad es extraordinaria, y todos quedan más que satisfechos por las atenciones de su anfitrión. Sin embargo, no hay que olvidar que el señor de Molina puede permitirse tales muestras de generosidad, ya que es muy rico y no sufrirá pérdidas que pongan en riesgo su economía, frente al caso de Martín Antolínez, que sí se hallaba en una situación apurada al partir hacia el destierro. Pero ello no resta mérito a Abengalvón, que es ejemplo de señor feudal, como deja patente en sus funciones como anfitrión, dando muestras de largueza que, obviamente, llegarían a oídos del Campeador.

Por encima de todos ellos, el Cid actúa desde el inicio de su destierro en pro de aquellos que le asisten en la desgracia. Como no tiene dinero, empeña su palabra (Boix, 2012b: 3), prometiendo a los caballeros que le acompañan –y especialmente a Martín Antolínez– ganancias por sus servicios. Al abad Sancho puede pagarle la manutención de su familia gracias al dinero prestado por Rachel y Vidas, asegurándole además que le compensará los gastos si estos aumentan. Para con sus hombres, el Cid es un caudillo ideal, generoso, que reparte el botín entre los suyos. A sus yernos, los infantes de Carrión, también les llega parte del botín, pues el Cid cree equivocadamente que actúan valerosamente en batalla, al igual que el resto de guerreros. Pero Diego y Fernando González, por su parentesco con el Campeador, reciben además presentes varios, como sucede al partir hacia Carrión con sus esposas:

yo quiéroles dar axuvar tres mill marcos de oro,
 darvos é mulas e palafrés muy gruessos de sazón,
 cavallos pora en diestro, fuertes e corredores,
 e muchas vestiduras de paños de ciclatones.
 Darvos he dos espadas, a Colada e a Tizón;
 bien lo sabedes vós que las gané a guisa de varón.
 Mios fijos sodes amos, cuando mis fijas vos dó,
 allá me levades las telas del coraçon.
 Que lo sepan en Gallizia e en Castiella e en León,
 con qué riqueza enbío mios yernos amos a dos.
 (vv. 2571-2580)

Rodrigo actúa dentro de los cánones propios de un señor medieval, donde la generosidad implica un pacto recíproco de fidelidad: un señor generoso tendría siempre hombres felices de servirle. Como bien afirma Duggan, “That gift-giving was ever considered disinterested is doubtful. In relationships between fighting men and their retainers, of course, service was commonly redened for largess”

(1989: 31). La generosidad del Cid, por tanto, es interesada, pero no hay nada negativo en ello, pues corresponde al comportamiento de un gran caudillo medieval, según se ha apuntado ya. De este modo, recompensaba a quienes les servían, mientras que la aceptación de los dones que entregaba –tales como dinero o joyas, caballos, etc.– llevaba implícita la alianza con el señor, a quien servirían fielmente. Esto se observa de manera especialmente clara en el caso del *comitatus* germánico, que ya fue comparado con el del Cid (Boix, 2007) y con el que registra múltiples semejanzas, pues los hombres del Campeador le sirven con gran fidelidad. En efecto, el *comitatus* germánico mantenía unos vínculos tan estrechos con el caudillo que los guerreros podían llegar a dar su vida por servir y proteger, si fuese necesario, a su señor. Así se observa en la aventura del león que se escapa en la corte valenciana, donde los caballeros del Cid rodean a su señor para protegerlo mientras duerme, mientras los infantes de Carrión salen huyendo, o hacen el ridículo en la batalla frente a las huestes de Bucar. Sin embargo, pese a no cumplir con sus deberes como miembros del *comitatus* cidiano, mienten vanagloriándose de su actuación en batalla, participando así de un botín que no les corresponde. Por supuesto, si esto da muestras de su ruindad, no es comparable al momento en que rompen ese pacto recíproco afrentando al Cid en la persona de sus hijas, un acto de traición evidente que, como es bien sabido, no iba a quedar impune.

Si bien Duggan nunca niega que el movimiento de regalos ejecutado por el Cid no sea interesado –especialmente en el caso de las tres embajadas con grandes presentes para el rey Alfonso, de ahí que “The Cid’s gifts to Alfonso are not, then, merely an index of his generosity” (Duggan, 1989: 33)–, pero creo que esto no anula el hecho de que sus regalos sí sean resultado de su espíritu generoso, por lo que la generosidad también sirve como elemento caracterizador en el caso del Cid. Así, el Campeador podría no haber enviado ningún presente a su señor, ya que, desterrado, podría haber actuado con plena libertad, de manera independiente (Montaner, 2011: 328 [2007: CXVIII]). Pero Rodrigo manda parte de los botines obtenidos a Castilla para mostrar así su fidelidad al rey Alfonso, comportándose como debía hacerlo un vasallo para con su señor tras una victoria (Montaner, 2011: 347 [2007: CXXXVII]), ya que, tras ser desterrado, el Campeador mantenía el vínculo de naturaleza con el rey Alfonso (Montaner, 2011: 328 [2007: CXVIII] y Bautista, 2007). Además, sabe que con estos gestos demuestra que la acusación que sostiene su malversación de parte de las parias no tiene fundamento.

Esta generosidad quedará reflejada, todavía más, con un regalo inesperado, en una muestra de generosidad tan grande que ni siquiera el rey será capaz de aceptarlo. El Cid decide entregarle no solo una magnífica montura a su señor, sino nada menos que a Babioca:

Mio Cid en el cavallo adelant se llegó,
 fue besar la mano a so señor Alfonso:
 –Mandástesme mover a Bavioca el corredor,
 en moros ni en cristianos otro tal non ha oy.
 Yo vos le dó en don, mandédesle tomar, señor.–
 Essora dixo el rey: –D’esto non he sabor.
 Si a vós tolliés, el cavallo no havrié tan buen señor,

mas atal cavallo cum ést pora tal commo vós,
 pora arrancar moros del canpo e ser segudador;
 quien vos lo toller quisiere, no'l vala el Criador,
 ca por vós e por el cavallo ondrados somos nós.–
 (vv. 3511-3521)

Cuando Alfonso rehúsa aceptar este regalo está transmitiendo un doble mensaje: por un lado, que el Cid no tiene por qué hacer tal presente –si fuese su deber, si fuese algo normal entre señor y vasallo, el monarca no tendría razón alguna para rechazarlo– y, por otro lado, que la generosidad del Cid y su amor hacia su señor natural es inmenso. Su fidelidad está fuera de toda duda, pues sería capaz de regalarle su amada montura, y acaso también sería un regalo a Babieca por sus servicios, al convertirlo en caballo de su rey. Y he aquí que, si el monarca ya le había dicho en las cortes que “¡Maguer que a algunos pesa, mejor sodes que nós!” (v. 3116), aquí tiene que volver a reconocerlo: el Babieca no podrá tener mejor uso que siendo montado por el más valioso de sus caballeros.

La justicia regia

El rey no demuestra generosidad en ningún momento: cuando el Cid recobra el amor regio, pese a que mejora en su estado –deja de ser un proscrito–, no puede entenderse como resultado de la generosidad regia, ya que el monarca no perdona al Cid gratuitamente, sino tras haber valorado los méritos que el Campeador ha llevado a cabo durante el destierro; del mismo modo, en las cortes de Toledo, el rey no hace justicia a favor del Cid por generosidad, sino por quedar probada la culpabilidad de los infantes de Carrión. El rey se halla por encima de la generosidad, trasciende esa virtud, pues no entrega regalos, sino que imparte justicia, devolviendo el equilibrio al cosmos cidiano. Por eso mismo, en las cortes de Toledo, el Cid recobra los regalos y bienes que había entregado a los infantes de Carrión (vv. 3145-3251), y que incluyen a sus valiosas espadas Colada y Tizón. La enorme cantidad de riquezas que el Cid recibe en las cortes no son regalos, sino una devolución, pues está recuperando lo que los infantes de Carrión le han de devolver.

Resulta interesante contemplar cómo ninguno de los personajes del *CMC* –a excepción del rey– están capacitados para impartir justicia. Si el generoso premia a sus hombres con regalos, en cierto modo haciendo justicia a los servicios prestados, el rey es aquel que no premia, sino que da a cada uno lo que merece. Cuando distintas fuerzas pugnan en su reino, es él quien ha de mantener el orden, de ahí que se halle por encima de todos los personajes. En ese sentido, la generosidad podría verse como el equivalente de la justicia para aquellos cuyo rango no les permite impartirla, por ser algo reservado al monarca. Al fin y al cabo, si el héroe es generoso y premia a quienes le sirven, ¿quién puede premiar al héroe? ¿Quién puede devolverle su generosidad, dándole tan gran premio como el que sin duda merece, encumbrándole sobre el resto de iguales? Esa es la potestad del rey, que otorga la mayor de las recompensas, la justicia, que recibe todo aquel que se hace merecedor de ella al haber sabido ser generoso y justo con los suyos. Y, por ello, cobra aquí sentido el v. 20 del poema, el famoso “–¡Dios, qué buen vassallo, si oviesse buen señor!–”, donde queda claro que, para los bur-

gueses, el rey no está siendo justo con Rodrigo. Cuando haga justicia, y le devuelva su amor regio, volverá a ser un buen rey.

A modo de conclusión: triunfos y derrotas

El uso del dinero y las riquezas en el poema, bien sea por codicia o generosidad, sirve para caracterizar a los personajes del *CMC*. En un plano individual, contribuye al retrato psicológico de los mismos: su mayor o menor apego a los bienes materiales muestra su carácter egoísta o desprendido. Ese perfil psicológico repercute en un plano colectivo, social, pues determina su interacción con el resto de personajes del poema. Tal es el caso, como se ha visto, de los infantes de Carrión, cuya codicia les lleva a emparentar con el Campeador aunque, más tarde, y pese a los múltiples regalos obtenidos, no duden en traicionarle. Frente a ellos, los hombres del Cid le sirven fielmente, y la fama que el Campeador gana llega a tal extremo que sus huestes no dejan de aumentar, hasta el punto de que incluso las tropas del rey se ven menguadas (“la conpañia del Cid crece e la del rey mengó”, v. 2165). En ese sentido, el famoso verso “qui a buen señor sirve siempre bive en delicio” (v. 850) adquiere pleno significado, e incluso se revela como uno de los versos fundamentales para comprender el poema, ya que refleja los deberes de todo buen señor en la figura del Cid.

En lo que, probablemente, se trata de una referencia a los pecados capitales – en concreto, la avaricia y soberbia– se observa cómo aquellos que se dejan dominar por su codicia acaban perdiéndolo todo, no ya solo a nivel material, económico, sino en lo que a su fama se refiere. Los infantes de Carrión, para quienes sus títulos nobiliarios parecían significarlo todo, quedarán infamados para siempre, y su categoría de condes no les librarán de la mancha que supone para ellos el haber perpetrado la ignominiosa afrenta de Corpes. Por su parte, Rachel y Vidas no reciben recompensa alguna –no la merecen, por su codicia y, sobre todo, por haber creído que el Cid era culpable de aquello por lo que había sido acusado– pero tampoco hay castigo, de ahí que el Cid se porte honestamente con ellos y, devolviéndoles la misma cantidad que prestaron, su engaño quede como si nunca hubiese existido. Finalmente, los hombres del Cid, por sus buenos servicios, van ascendiendo en riqueza y posición, como se observa a lo largo de todo el poema.

Finalmente, se halla el Cid, que, parafraseando al v. 20, es buen vasallo y buen señor, concentrando en sí las mejores características de un caudillo medieval. No puede dudarse de su integridad moral y su obediencia a los códigos vasalláticos, llevados casi al extremo al mantenerse fiel al rey en el destierro, en una actitud propia de los héroes de los cantares de aventura –entre que, según he planteado recientemente, podría clasificarse al *CMC* (Boix, 2012a)–. Así, la generosidad del Cid se presenta no solo como un deber de un señor para con sus vasallos, y viceversa, sino también como una virtud, en cuanto que no está presente en todos los personajes. En este sentido, puede decirse que el Cid se aleja del típico héroe épico y se acerca al caballeresco, más idealizado, dotado de virtudes que

le sitúan por encima del resto de caballeros⁷. Por eso mismo, su generosidad, junto a su valor y grandeza de espíritu, llevarían a aquel infanzón al triunfo total, recibiendo su también merecida recompensa, esa justicia que solo puede impartir el rey y que permite al Campeador encumbrarse hasta emparentar con los reyes de España, para humillación total de sus enemigos y orgullo de sus amigos y vasallos.

Bibliografía

- BOIX JOVANÍ, Alfonso (2006). "El Cid pagó a los judíos". *La Corónica*, 35: 1 Williamsburg, VA: 67-81.
- (2007). "Aspectos del héroe germánico y nórdico en el Cid". *Ínsula*, 731. Madrid: 17-19.
- (2012a). *El Cantar de Mio Cid: adscripción genérica y estructura tripartita*. Vigo: Academia del Hispanismo.
- (2012b). "Promesas y juramentos en el *Cantar de Mio Cid*". *Bulletin of Hispanic Studies*, 89.1. Liverpool: 1-13.
- CASALDUERO, Joaquín (1967). *Estudios de literatura española. "Poema de Mío Cid", Arcipreste de Hita, Cervantes, Duque de Rivas, Espronceda, Bécquer, Galdós, Ganivet, Valle-Inclán, Antonio Machado, Gabriel Miró, Jorge Guillén*. Segunda edición muy aumentada. Madrid: Gredos.
- DUGGAN, Joseph J. (1989). *The "Cantar de Mio Cid": Poetic creation in its economical and social contexts*. Cambridge: Cambridge University Press.
- DE EPALZA, Mikel (1991). "El Cid y los musulmanes: el sistema de parias-pagas, la colaboración de Aben-Galbón, el título de Cid-León, la posadita fortificada de Alcocer". En *El Cid en el valle del Jalón: Actas del Simposio Internacional*. Calatayud: Centro de Estudios Bilbilitanos, Institución Fernando el Católico: 107-125.
- LERATE, Luis, ed. (1974). *Beowulf y otros poemas épicos antiguos germánicos*. Texto, original y traducción, prólogo y notas de Luis Lerate. Barcelona: Seix Barral.
- MIRANDA, Francisco (2003). "Regalos, jerarquía y rivalidad en el Poema de mio Cid". *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, XXVII: 2. Toronto: 271-290.
- MONTANER, Alberto, ed. (2011). *Cantar de Mio Cid*. Edición, estudio y notas de Alberto Montaner Frutos con un ensayo de Francisco Rico. Madrid: Real Academia Española-Barcelona: Galaxia Gutenberg (primera edición: Barcelona: Crítica, 1993; reeditada en Barcelona: Galaxia Gutenberg - Círculo de Lectores, 2007).
- PEDROSA, José Manuel (2002). "El Cid donador (o el Cid desde el comparatismo literario y antropológico)". En Carlos ALVAR, Fernando GÓMEZ REDONDO y Georges MARTIN (eds.). *El Cid: de la materia épica a las crónicas caballerescas. Actas del Congreso Internacional "IX Centenario de la muerte del Cid", celebrado en la Univ. de Alcalá de Henares los días 19 y 20 de noviembre de 1999*. Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá: 295-323.
- ROITMAN, Irene Gisela (2011). "El episodio de Rachel y Vidas, polifónico y al mismo tiempo, velado". *Revista de Literatura Medieval*, 23. Alcalá de Henares: 237-260.

⁷ Así sucede con los protagonistas de los cantares de aventura, híbridos de los héroes épicos tradicionales y los caballeros de la novela de caballerías como la artúrica.

- SMITH, Colin (1978). "Did the Cid repay the Jews?". *Romania*, LXXXVI. París: 520-538.
- SPITZER, Leo (1948). "Sobre el carácter histórico del "Cantar de Mio Cid"". *Nueva Revista de Filología Hispánica*, II. México: 105-117 (reed. en Leo SPITZER (1980). *Estilo y estructura en la literatura española*. Introducción de Fernando Lázaro Carreter. Barcelona: Crítica: 61-80).
- SWANTON, Michael, ed. (1997). *Beowulf*. Mánchester y Nueva York: Manchester University Press.